

choso el arrepentimiento; que se les privase de los santos sacramentos de la Iglesia; que á la hora de la muerte no recibiesen el beneficio de indulgencias ni de bulas; que se arrojasen al campo sus cuerpos como los de los renegados, en vez de enterrarlos en tierras benditas, y que no recibiesen absolucion del papa, cardenales, arzobispos, obispos, ni otros sacerdotes cristianos.

El almirante, en vista de tan respetuosa súplica, y abandonándose á sus nobles sentimientos, les otorgó el perdón que solicitaban, pero asegurándoles que el cabeilla Francisco Porras quedaria preso.

Capítulo LXXII.

Donde se vé lo que recogen los que siembran beneficios.

La situacion en que la Providencia, en su inescrutabile sabiduría, quiso colocar al inmortal Colon, al hombre más notable de su siglo, á una de las figuras más grandiosas de la humanidad, fué demasiado afflictiva, demasiado angustiosa para no exigir de nosotros una descripcion detallada.

Es imposible concebir cómo un hombre cargado de años y de penas, enfermo de cuerpo y de alma, castigado por los más horribles desengaños, pudo soportar aquella incomensurable prueba.

Esto justifica la minuciosidad con que hemos referido sus emociones, sus pensamientos, su actitud en los conflictos, su mansedumbre, su resignacion en

la adversidad y la conducta de los miserables, que debiéndole cuanto eran, fueron los que más acibararon con su iniquidad los largos días de dolorosa angustia que pasó al borde del abismo, abandonado de la tierra, y al parecer hasta del cielo.

Todavía, en el momento en que estamos de nuestra narración, le vemos devorar su amargura é inspirar confianza á los desesperados náufragos; todavía no sabemos si al descubrirse la verdad, si al perder una vez más sus ilusiones los que lo esperan todo del gobernador de Santo Domingo, surgirán nuevas complicaciones, estallarán nuevas tempestades sobre aquella augusta cabeza, que á pesar de todo ostenta á nuestros ojos la triple corona de la edad, del saber y de la gloria.

Su única salvación dependía de que los mensajeros que había enviado á Santo Domingo y á España desempeñasen con fortuna su misión.

Los hemos visto llegar, arrostrando inminentes peligros, al puerto deseado. Sigámoslos ahora para cerciorarnos de lo que pudieron hacer en favor de su querido y respetado jefe.

Diego Mendez no podía, como recordarán nuestros lectores, presentarse á Ovando, porque después de lo que le había sucedido, tenía por cierto que el iracundo gobernador de la colonia se apoderaría de él y le condenaría á reclusión perpétua, si es que no se deshacía de su persona por uno cualquiera de los infames medios que empleaba siempre para conseguir sus fines.

Su misión era infinitamente más difícil que la de Fiesco.

Ningún buque querría llevarle á bordo sin el consentimiento del gobernador, ni mucho menos saliendo de otro puerto que el de Santo Domingo.

Sólo la Providencia podría facilitarle los medios de realizar su empresa.

He aquí lo que pasó.

Diego Mendez llegó al mismo tiempo que Bartolomé Fiesco á la costa de la Española.

Allí se separaron, y sin más compañía que la de un indio llamado Azcala, se dispuso el valiente soldado á recorrer aquella inmensa playa hasta encontrar un buque que le llevase á la Península.

Fiesco, con sus indios y los de la canoa de Diego Mendez, siguió por la costa hasta Santo Domingo.

Ya volveremos á encontrarle.

Sigamos á Diego Mendez.

Era de noche cuando llegaron á la playa.

—Azcala,—dijo el leal servidor de Colón al indio que se había quedado en su compañía;—te he elegido entre todos para compañero, porque creo en tu fidelidad y en tu valor.

El indio mostró por la expresión de su fisonomía la satisfacción que experimentaba por el buen juicio que había formado de él su jefe.

—¿No has visto,—prosiguió Mendez,—en el camarote del almirante una imagen de Jesucristo ante la cual nos prosternamos todos los blancos?

—Si he visto,—dijo Azcala,—y me han dicho que

es el hijo de nuestro Dios, del que reina en el cielo y en la tierra.

—Pues bien, El es el que premia y castiga los actos de los hombres. El es el que, cuando la muerte nos destruye, lleva nuestra alma al Paraíso, ó la condena á vivir padeciendo eternamente en el infierno.

Los sacrificios que voy á exigirte son muy penosos. Oyeme bien: nuestro primer cuidado es evitar que nos descubran.

Sin perder de vista la playa tenemos que ocultarnos entre los bosques, buscar en ellos nuestro alimento, y aguardar una ocasion favorable para obedecer las órdenes que me ha dado el almirante.

Yo no sé el tiempo que emplearemos en esta vida; yo creo que será breve. Solo Dios sabe cuando terminará. Si no tienes bastante valor para soportarla, si temes que tus fuerzas desmayen, si crees que te ha de abandonar la lealtad que me debes... en libertad te dejo.

Aún puedes alcanzar á tus compañeros: vé con ellos, sigue su suerte, yo partiré solo. Pero si quieres acompañarme, si quieres arrostrar conmigo los peligros que me amenazan, si quieres que el Dios de los justos y de los buenos te abra sus brazos misericordiosos, jura aquí seguirme, obedecerme, sacrificarte por mí si es preciso, y nos pondremos en marcha.

—Lo juro,—dijo el indio,—y doy gracias á nuestro Dios por que me ha proporcionado esta ocasion de pagáros una deuda de gratitud.

—¡Tú!—exclamó Diego Mendez asombrado.

—Yo, sí.

—Explicate.

—¿No habeis notado cuánto he hecho para que me trajéseis en vuestra compañía?

—Es cierto.

—¿No habeis visto cómo he sufrido las privaciones durante la travesía, sin exhalar un solo gemido?

—Tu resignacion, tu entereza, me han decidido á elegirte; pero no adivino por qué causa sientes hácia mí esa gratitud.

—Oid y me comprendereis,—dijo Azcala.

El indio hizo una breve pausa, como para reconcentrarse, y dijo:

—Yo no soy natural de la Jamáica: abrí los ojos á la luz en Guahanamí, y fui de los primeros que vieron llegar á estas ignotas tierras las embarcaciones de los hijos del cielo.

¡Con qué alegría, con qué satisfaccion vimos aparecer en el horizonte aquellas naves que nos parecieron monstruos! ¡Con qué veneracion, con qué respeto saludamos á aquellos hombres que no se parecian á nosotros, que eran de una raza superior á la nuestra y que, segun las profecías, debian venir á sacarnos de la postracion, á derramar el bien á manos llenas sobre nosotros!

Entusiasmado yo, seguí á los españoles, y llegué con ellos á las playas de Haiti, en donde el rey de los reyes, el poderoso y al mismo tiempo desgracia-

do Guacanajari, advertido por nosotros de quiénes eran los extranjeros, les dispensó fraternal acogida.

Allí sentí palpar mi corazón de amor por primera vez.

Ihalai era una de las servidoras más leales de la esposa del rey. Prendado de ella, le juré amor eterno, y protegidos por Guacanajari, nos retiramos á habitar en una de las más bellas aldeas que hay en la orilla del río Pani.

—¿Y cómo fuisteis á la Jamáica?

—Antes de contestar á esa pregunta, voy á haceros otra, si me lo permitís.

—¡Habla!

Azcala prosiguió:

—Hace más de treinta lunas que los españoles, en guerra abierta con nosotros, nos impusieron un ominoso tributo, y por entonces un hombre que debía cuanto era al almirante, se rebeló contra él. Consiguió reunir muchos secuaces, y capitaneando á su gente recorrió la isla, llevando á todas partes la desolación y la muerte. Una tarde llegaron á una de las aldeas que riega el Pani con sus cristalinas aguas: una mujer esbelta como la palmera, cándida como la paloma, hermosa como el colibrí, estaba en las orillas del río contemplando gozosa el tierno fruto de su amor, jugando con la arena de oro que arrojaba á la orilla la corriente.

Unos cuantos rebeldes, ocultos tras los árboles, contemplaban á aquella hermosa mujer.

El padre de su hijo, su amante esposo, en la puer-

ta de la inmediata choza, arreglaba las toscas redes para pescar.

De pronto salen los blancos de entre los árboles, se acercan á la mujer y al niño, se apoderan de la primera y van á llevársela, cuando su esposo se precipita sobre los malvados para arrebatársela de entre sus manos.

El indio tuvo que detenerse, porque la emoción le ahogaba.

Diego Mendez escuchaba con creciente interés aquella narración, y sin dar tregua á Azcala:

—Prosigue,—dijo.

Azcala continuó su interrumpido relato.

—Los blancos,—añadió,—al verse acometidos, dispusieron que dos de ellos sujetaran á la india, mientras los otros, que eran cinco ó seis, apoderándose del esposo, le ataron fuertemente á un árbol, y le dijeron:

«Antes de castigarte arrebatándote la vida, queremos, para que expies tu atentado, que presencies tu deshonor.»

Y acto continuo aquellos miserables echaron suertes para ver cuál de ellos se hacía dueño y señor de la infeliz prisionera.

—Ya lo recuerdo,—dijo de pronto Diego Mendez.

—El indio,—añadió Azcala,—pugnaba por desahucarse del árbol; en su desesperación invocaba unas veces el auxilio de Vagoniana, y otras, retorciéndose, arrojaba espuma por la boca.

Los blancos habían terminado el sorteo, y el agra-

ciado iba á apoderarse de su presa, cuando llegaron á la orilla opuesta del rio cuatro españoles montados en briosos caballos.

—Y al ver lo que pasaba, reconociendo á los rebeldes en los verdugos de los indios, vadearon el rio; llegaron antes de que los infames pudieran consumir su crimen, y los pusieron en fuga. ¿No es eso lo que ibas á contar?

—Precisamente: entre los salvadores de aquellos infelices hubo uno que se acercó al indio, rompió sus ligaduras, le llevó al lado de su esposa, que estrechaba en sus brazos á su hijo, y antes de separarse de ella, dándole un escapulario de la Virgen, dijo:

«No apartes esto de tu cuello, que esta es la imagen de la Madre de los afligidos, y oye todas las súplicas de los que padecen.»

En seguida partió. ¿No fuisteis vos el salvador de aquellos desgraciados?

—Yo fui, en efecto.

—¿No es este el escapulario, —añadió Azcala,— que disteis á la india?

—Sí tal... ¿Luego tú eres...?

—Yo soy el desgraciado esposo á quien salvásteis de la deshonra, á quien devolvisteis lo que más amaba en el mundo.

—¿Y tu esposa, y tu hijo?

—Los dos yacen en las cavernas de Cacibaxagua.

—¿Han muerto?

—Sí. Cuando Colon fué á España encadenado, fuimos tan perseguidos que tuvimos que refugiarnos

en el Ciguay. Estenuados por la fatiga y por el hambre, mi pobre Ihalai cayó enferma.

Todos los medios que empleé para salvarla fueron inútiles. Antes que ella sucumbió nuestro hijo, y esto agravó su enfermedad.

Al verla próxima á exhalar su último suspiro, quise morirme también, y ella con débil voz, entregándose el escapulario:

—«No, me dijo. Tú no debes morir: tenemos que pagar una deuda de gratitud. Busca á nuestro salvador y sacrifícale tu vida.»

Ihalai murió, y yo no he hecho desde entonces más que buscaros. No hallándoos en Haití, me fui á la Jamaica con otros indios que huían de esta tierra, en donde sólo hallaban el oprobio ó la muerte. ¿Creeréis ahora en mi lealtad?

—Sí, Azcala, sí. Hace poco que hablaba de la Providencia: ya ves cómo es justa, cómo te ha traído á mi lado en los momentos en que más necesito de un amigo leal.

—Es cierto.

—Contigo nada temo. Tú conoces bien los senderos. ¿No es verdad?

—He recorrido toda la isla, y la conozco á palmos.

—Pues bien: en marcha, y que Dios se apiade de nosotros.

Diego Mendez y Azcala, satisfechos por la explicación que habia mediado entre los dos, comenzaron á caminar á través de un espeso bosque, en donde debían hallar alimento y abrigo para pasar la noche.